

LA MONTAÑA MEDITERRÁNEA, UNA CULTURA AMENAZADA

Con el presente trabajo pretendemos demostrar como los espacios naturales y humanos de las serranías mediterráneas se hallan en un creciente proceso de destrucción. De un lado, las crisis sistémicas de las culturas de vertiente ha propiciado un vaciado de las cohortes jóvenes y maduras, con el corolario de un imparable envejecimiento, de otro, los riesgos de desaparición de numerosos ecosistemas de montaña, a causa precisamente de esta despoblación y del abandono consecuente de los usos silvoforestales que regulaban los procesos de esos ecosistemas. Como campo de estudio hemos escogido las sierras béticas, cercano a paradigma de este imparable proceso de despoblación y abandono.

José Antonio Castillo Rodríguez. Geógrafo.

Instituto de Estudios de Ronda y la Serranía.

1.- La cultura de las vertientes.

Desde los albores de la Historia, la montaña mediterránea ha estado poblada en mayor o menor medida. Unas veces como refugio ante las invasiones provenientes del mar, la llamada "Montaña Refugio", otras como espacio en el que aprovisionarse de frutos, pastos, combustible, cera, caza, madera, resina, cal, minerales, nieve, etc. En ellas, y a ser posible en aquellas vertientes en exposición favorable y con posibilidades de abastecerse de los manantiales, se producen los asentamientos que dieron lugar muchas de las aldeas y poblaciones actuales, que han sobrevivido a procesos de despoblación previos a los que ahora contemplamos. La vida en estos núcleos rurales, y a causa de la escasa vertebración interior y exterior, respondía en muy buena medida a procurarse el autoabastecimiento, o en todo caso a un intercambio de pequeño espectro. A ello coadyuvaba una estructura de la propiedad mayoritariamente minifundista, a veces con varias explotaciones "especializadas", para lograr precisamente este autosuministro de productos básicos: el aceite, los frutos variados, el ganado, los productos del bosque, la leña. Esta producción procuraba a veces unos excedentes que podrían ser enviados a pequeños centros de consumo cercanos, o bien se usaban como intercambio. La vida era muy simple: labores a lo largo del año según la estación y los ciclos que marcan el tiempo, los árboles y la tierra, ocupación intensiva de las parcelas, con regadíos en bancales o balates a expensas de la nieve (las acequias de careo granadinas), o de las tomas del río con largos caces (Axarquía) de un arroyuelo o de un manantial, con alberca y pequeñas acequias, de modo que las serranías béticas, como en otras del Mediterráneo, se encontraban como esculpidas en escalas de fertilidad y sabio aprovechamiento. Se utilizaban tierras de pasto en las pequeñas parcelas de monte, o en arriendos a particulares o en tierras comunales, en este caso en las zonas altas y frías de las serranías, o en las dehesas de los bienes de propios. El cereal

era adquirido, bien a partir de siembra bajo los árboles, bien en las zonas marginales, incluso en los lapiaces (“el pan de las piedras”), o era objeto de intercambio con los sembradíos de los pies de monte. Suministrado a los molinos harineros, hidráulicos en gran medida, el pan se confeccionaba en hornos familiares con una cocción semanal, grosso modo, al igual que los cargos de aceitunas, molturadas en las almazaras de sangre o hidráulicas. Tras la plaga de la filoxera, amplias zonas de vid quedaron arrasadas, con un mayor o menor éxito de los cultivos de sustitución: mayor fortuna en las montañas más húmedas, y deforestación y creciente erosión en las más secas. Con las pocas cepas sobrevivientes el vino se pisaba en los lagares y se vendía, o se convertía en aguardiente a partir de los alambiques. La matanza era imprescindible para proveerse de proteínas y conservar la carne en forma de chacinas. En este aspecto, la conservación del monte de frondosas se hacía muy necesario con vistas a la montanera, normalmente en pequeñas piaras, en el que también podría haber vacas de razas autóctonas si las pendientes lo permitían, además del pequeño rebaño de cabras y ovejas, que, como se ha dicho, eran mayores y más frecuentes en las altas sierras. El corral era costumbre en cada casa o cortijo de sierra, tanto para aprovisionarse de huevos, proteína elemental en caso de escasez de carne, como para proveerse de esta con gallinas, gallos y pavos. La caza era otro recurso en este caso, así como la pesca en los ríos. En definitiva; tal era el auto aprovisionamiento, que en las pequeñas poblaciones apenas se abrían un par de tiendas para expender aquellos productos que el campo no les daba.

Lo que someramente hemos descrito es, pues, una singular cultura agropecuaria y forestal en las vertientes, que venía a convivir con una naturaleza generosa en dones en lo que respecta al monte, aunque con una difícil y esforzada agricultura de escasos rendimientos. Era un montaña en plenitud paisajística, muy humanizada en los valles intramontanos, casos de la Alpujarra, Axarquía, Montes y Serranía de Ronda, por cuanto hombre y naturaleza se entrelazaban de manera continua, con un aprovechamiento sabio de los recursos naturales, y la implantación, casi siempre en mosaico, de arboledas introducidas y cultivos, conformándose estos a modo de islas de *ager*, si bien algunos cultivos se desarrollan de una manera abrumadora y continua, a expensas de la vegetación natural, caso de los Montes y Axarquía de Málaga con el viñedo, o del castañar al norte de la Serranía de Ronda. Otras veces, al aprovechamiento de las montaneras aceleró el cuidado y la extensión del *saltus* de alcornoques, quejigales y encinares, en el primer caso, además, por el alto valor que alcanzaban las sacas de corcho. Otro recurso en el bosque fue la explotación del pinar para la extracción de las resinas, a cargo de empresas especializadas (tal vez el único proceso extractivo industrial, junto con el de la minería, que acusó esta Montaña), o a escala local la existencia de hornos de miera a partir del general, la recolección de hierbas medicinales, de hongos, de palma y esparto. Y finalmente, la nieve, toda una vieja actividad en las altas sierras, conservada y transportada (de nuevo la arriería) con técnicas ancestrales y bastante efectivas. Naturalmente, el fenómeno del turismo de nieve, es posterior, aunque comenzará a gestarse en Sierra Nevada ya desde los inicios del pasado siglo, a cargo de aficionados, con la construcción de una carretera y ferrocarril eléctrico, y ya en los sesenta con la creación del complejo “Sol y Nieve”.

2.- El fin del equilibrio. La crisis de la agricultura de montaña, a partir de los años cincuenta del siglo XX.

Hubo otras crisis coyunturales durante el siglo XIX. La más catastrófica fue la de la filoxera en las décadas de los ochenta y noventa, que afectó gravemente a todas las solanas penibéticas. En los Montes de Málaga se perdieron más de 100.000 ha de viñedo, rompiéndose de manera dramática el vector Montes-Ciudad, hecho que trajo consigo la ruina de los campesinos, y la de los artesanos y comerciantes urbanos que vivían del vino, y la erosión brutal de las vertientes al arrancarse las cepas, cuyos cultivos de sustitución no crecieron a tiempo para paliar la catástrofe. Esta plaga fue el comienzo de una serie de crisis sistémicas que crearon el caldo de cultivo para el hundimiento de otros sectores de economía malagueña, tal era la acostumbrada y creciente relación, por lo menos desde las mozarabías de los Montes (siglo VIII), de aquella montaña con su ciudad. Sin embargo, el punto de partida del hundimiento generalizado de esta agricultura se encuentra en la década de los 50 del pasado siglo.

El fin de la cultura de las vertientes se debe, en muy buena medida, a lo que yo he llamado “paradoja del progreso”. El periodo autárquico tras la Guerra Civil propició precariamente aquella economía, incluso adquirieron valor ciertos terrazgos y productos que sostuvieron un tiempo la vida en las montañas. Pero fue un espejismo: el Plan de Estabilización y la consecuente apertura de España a los sistemas económicos y financieros globales fundamentaron un trascendental cambio de paradigma en la ineficiente y anquilosada economía española que, en pocos años, transformó las estructuras agropecuarias e industriales, a la par que un turismo masivo comenzaba a colonizar las cálidas costas de Alborán. El efecto fue devastador para nuestra montaña. Los salidas de los productos agrarios, basada en unas infraestructuras deficientes cuando no inexistentes, llegaban tarde y mal a los mercados de cercanía, donde debían competir con los que ofrecía una poderosa agricultura comercial, con precios muy atractivos que batían los esfuerzos del campesino de la montaña, cuyos rendimientos, sencillamente, dejaron de ser competitivos. Ante la bajada de estos rendimientos, los productores se van empobreciendo paulatinamente, cunde la desazón y como corolario los primeros abandonos de tierras. No puede haber ni siquiera inversión en mejoras porque no hay capital, y los créditos son caros y en la práctica, imposibles. Las explotaciones pierden valor, el ganado igualmente ante la invasión de productos cárnicos y lácteos, también muy competitivos, hecho agravado con la epizootia de la peste porcina que fulminó la excelente producción cárnica y los procesados del cerdo autóctono. Solo resisten algunos frutos secos y, en el caso de los Montes y Axarquía, el vino, una sombra de su pasado, y la pasa. A todo ello únese la llegada de los combustibles fósiles, de la implantación generalizada de la electricidad, de los nuevos materiales de construcción. Todos ellos arrasaron con la producción de carbón, de cal, de leña, de cera; los plásticos empobrecieron la corcha, y las pleitas de palma y esparto; las carreteras y pistas forestales acabaron en la práctica con la arriería, que era el sostén de pueblos enteros. En resumen, la llegada del progreso arruinaba la casi totalidad de los elementos que habían propiciado el sustento de aquellas comunidades rurales. Las mejoras suponían, evidentemente, una mayor facilidad para los suministros, si se quiere una mayor calidad

de vida para los habitantes, quienes vieron una mejora en los equipamientos y comunicaciones, pero al mismo tiempo el fin de los usos y de los modos de vida que siempre habían conocido, en suma, la desarticulación de aquel su viejo mundo campesino. Esta es la paradoja.

A partir de aquí, es fácil deducir que la emigración era la única salida. Jornaleros y pequeños propietarios son los primeros en marchar al extranjero o a los centros fabriles nacionales, aunque sobre todo y en nuestro caso, a los pujantes núcleos turísticos tan cercanos, que ofrecían sueldos mejores y seguros con menos trabajo y fatiga. Luego seguirán los medianos propietarios, descapitalizados y arruinados. Familias enteras se van para no volver. Algunos incluso venden casa y propiedad. Solo permanecen las cohortes maduras, y aquellos que precariamente, y a fuerza de ímprobos trabajos, consiguen algunos rendimientos. Otros emigran de manera temporal o cíclica, aprovechando el ocio para cultivar sus exiguos terrazgos, pero en general, la diáspora es generalizada y los pueblos y campos quedan semivacíos, con pérdidas de población dramáticas y un envejecimiento irreversible. La vieja y hermosa montaña llegaba a su fin, perdiéndose en el abismo del progreso cientos de años de cultura sobre sus laderas y vertientes.

La Montaña Protectora

En el año 2017 acuñé este término para describir las cualidades y bienes del territorio para con su piedemonte costero, y la necesidad de preservar sus valiosos paisajes como garantía de futuro. El gran arco penibético que, sin solución de continuidad, se extiende desde Gibraltar hasta Murcia viene a ser una formidable barrera climática contra los fríos norteños, a la par que una pantalla orográfica que sirve de gran condensador a las precipitaciones provenientes del O y SO, por elevación y exposición. De ello deriva un mesoclima subtropical mediterráneo en el litoral, que alivia los rigores del invierno y suaviza los del verano, a la par que propicia precipitaciones más frecuentes en línea costera cuanto más al oeste.

En la montaña la temperaturas decrecen según el gradiente, hasta culminar en los termoclimas oro y crioromedierráneo en las altas sierras, y los ombroclimas se circunscriben desde el árido al suhúmedo, predominando el húmedo e hiperhúmedo en la zona occidental. El roquedo es, por su parte, de una gran variedad, con zonas muy singulares, como la intrusión de peridotitas en Sierra Bermeja, con una tectónica típicamente alpina y una estructura y morfología que dan lugar a acusados contrastes. Clima, relieve y suelos favorecen la abundancia y reserva de aguas y la implantación y desarrollo de numerosas y muy valiosas formaciones vegetales que, favorecidas por la propia encrucijada geográfica de Alborán, albergan numerosos endemismos con taxones y ecosistemas propios de las regiones Eurosiberiana, Mediterránea y Macaronésica.

Y esos mismos factores fundamentaron la vida de los hombres quienes, a lo largo de la Historia, colonizaron esa montaña, acrecentando su biodiversidad y regulando sus

funciones con usos y modelos cercanos, por lo arcaicos, a la más estricta ecología, dando lugar a esos paisajes culturales de los que hablábamos al principio.

La ancestral adaptación del hombre a estos espacios serranos propiciaron, pues, unos paisajes singulares, muy adaptados a un medio las más de las veces muy hostil por la dificultades de la explotación de la tierra, aunque preservando en gran medida su riqueza natural. Como se ha dicho, no se produce un grado igual de ocupación de espacio, mucho mayor en los casos de las zonas oriental y central de Alborán, y más equilibrado en la occidental, pero en cualquiera de los casos se trata de una montaña viva y en plenitud, en suma, de un territorio en equilibrio. Sin esta ocupación y esta explotación, la Montaña Mediterránea, tal como la entendemos, no hubiera sido posible. Incendios naturales, erosión, superpoblación de especies y densificación, y esto vale también para la fauna, hubieran dado lugar a unos paisajes seguramente más pobres, con menor biodiversidad. Las consecuencias del fin de las actividades humanas ya las estamos viendo con los incendios devastadores sin freno ni control, del abandono de las explotaciones, del derrumbe de balates y caces de las ruinas de molinos, cortijos y lagares, etc. Durante miles de años, las arriscadas orillas del Mare Nostrum han sido el hogar de cientos de etnias que han vivido por, para y en esta Montaña. Sin ellas, nada hubiera sido igual.

Entonces, ¿qué hacer? La respuesta gno está en quienes aún la habitan, sino en quienes obtienen de ella beneficios intangibles, aunque también imprescindibles para su calidad de vida, y me refiero a los habitantes de ese privilegiado lugar que es la costa penibética. Ellos disfrutan de un bienestar climático envidiable, como hemos dicho, de las aguas que beben y de las que usan sus industrias, hoteles, campos de golf o riegan sus jardines, de la generosidad de ese gran pulmón purificador de las arboledas, de los productos de proximidad que aún desarrollan, de los paisajes culturales y de una naturaleza en plenitud que son su alternativa...sin la montaña de sus más cercanos horizontes nada sería igual, y algunas cosas serían, sencillamente, imposibles. Es, pues, la hora de mirar hacia arriba y de pensar en hacer algo por una tierra que tanto da sin pedir nada a cambio. Por lo tanto, hay que dignificar la montaña, hay que mantener su vida y la de sus hombres. En síntesis, hay que invertir en ella, y no con ánimo de subvención o limosna, sino como pago justo a todo lo que nos ofrece.